

A través del espejo

Risa nerviosa

Hugo Hiriart

Cierra monumental la tarde: cielo azul al que nubes bajas dan un toque dramático. Salgo de comprar medio pollo. Espero un camión. Observo que un viejo de barba blanca toma medidas de las ventanas de un aparador en una tienda vacía en remozamiento. El aparador tiene tres hileras de cinco ventanas. ¿Por qué no mide una sola ya que todas son del mismo tamaño? No, el viejo se toma el trabajo de medir cada ventana. ¿Está loco? No, estima que puede haber leves diferencias de tamaño que afecten después al colocar el vidrio, supongo. Así son aquí: tardan siglos en lo que sea, pero lo levantan a conciencia y nadie escamotea lo que tiene que hacer.

Sigo esperando el camión. En Cambridge, Nueva Inglaterra, no andan circulando taxis vacíos, si quieres abordar uno lo llamas por teléfono o lo buscas en un sitio. Guita y yo no tomamos taxis, son muy caros para nuestros sueldos. Usamos el metro (quince pesitos el boleto, cuatro para mí que soy *senior citizen*) o el camión. El camión puede tardar cuarenta minutos en pasar, pero pasa con exactitud kantiana. Así que consultas el horario impreso: 3:37, 11:55, cosas así, y la verdad casi siempre cumplen el horario prometido. Los vehículos son nuevos, aseadísimos, eléctricos o, de plano, silenciosos y suaves trolebuses (que aquí abundan). No sé por qué ya circulan en México tan pocos trolebuses, y en estado tan ruinoso, ¿será que los quitaron porque no contaminan ni hacen ruido?

Expongo en la clase de drama una colección de modos de conducta, pormenores. Quiero desarrollar en los alumnos cierta curiosidad, afición a observar las conductas humanas. Primer paso para intentar entender esas conductas. El drama es bagazo

desabrido y tedioso sin pasión por entender a los humanos, casi siempre enigmáticos. Entramos en detalles. Les hablo en esta ocasión de la sonrisa. ¿Qué funciones cumple en la economía del intercambio humano? Van respondiendo los alumnos con previsible ingenuidad. Tiene muchísimas funciones, digo, sólo estimen que sonriendo podemos dar un pésame; decir “todo lo que haces me fascina”, o “voy a matarte, cabrón”, o también “es que me está llevando el tren”. En los cuatro casos la sonrisa resalta la situación y la hace más interesante.

También es común que la gente sonría de nervios, y hasta se ría plenamente de cosas que no son chistosas.

Dejo de tarea que intenten enumerar tipos de sonrisa en media cuartilla. La pregunta trae cola; quisiera que algún estudiante respondiera algo como: “más que distinción entre sonrisas, podemos distinguir entre situaciones donde se produce la sonrisa”, porque así ya es fácil examinar lo que se preguntó. A la clase siguiente, como siempre, todos hacen entrega del trabajo pedido. Sería rarísimo y motivo de interminables justificaciones, si alguno no pusiera en mi mano lo pedido. Los estudiantes trabajan sin descanso, un miedo agudo a no destacar los impulsa. Una alumna, inteligente, que tiene por cierto una perpetua sonrisa irónica en los labios, entrega un ejercicio donde entre otras cosas explica: “hay muchos tipos de sonrisa. En inglés hay el *smile, grin, smirk, samer, twinkle, beam, leer*, pero en español son generalmente “sonrisa” o a lo más “sonrisita”.

Hay diferencias entre estas voces, por ejemplo, *smirk* no es sólo sonreír, sino sonreír con suficiencia; siete versiones, siete matices para una sola palabra española.

Si alguien va a venir a dar clase por acá le aconsejaría que elija una materia en la que tenga experiencia, y de ser posible colmillo.

Cerca de Harvard pululan los limosneros, la mayoría son blancos, viejos, pero muchos no tanto. Y así como el limosnero europeo tiende a ser agresivo (puede exigirte clamando con voz casi amenazante: “dame”), el pordiosero harvardiano tiende a ser ceremonioso con un “compare tu cambio”, que solicita muy erguido en un vaso vacío de Starbucks, aunque a veces tratan de, como los políticos, hacerse ligeros y hacer chistes. También hay negros, los limosneros claro, algunos enormes y fuertísimos. Y con frecuencia veo locos mansos deambulando en la calle, algunos parecen y juraría que son académicos que trabajan en la universidad.

Ya hablé de la gigantesca Biblioteca Widener, a la que soy asiduo visitante, pero no referí unos detalles que por inusuales no carecen de interés. La biblioteca fue erigida por la señora Widener en recuerdo de su adorado hijo, que murió en el hundimiento del Titanic. Ahora, la señora dio en creer, pobre mujer, el sufrimiento nos hace inventar muchas cosas, que su hijo había perecido porque no sabía nadar. Así que estipuló que para usar la biblioteca era preciso saber nadar, sin este requisito cumplido y demostrado de algún modo, no se podían disfrutar los múltiples servicios de esta incansable institución.

Y así fue durante muchos años, hasta que en tiempos recientes se levantó la exigencia. ¿Adivinan por qué? Pues sí, porque resultaba ofensiva y discriminadora para los incapacitados, que aquí, como a todas las minorías, es preciso tratar con gran miramiento y extrema delicadeza. ^[1]